

CAPÍTULO QUINTO

Abordamos el trasbordador a las ocho y veinticinco del once de Septiembre de 2001. Caminamos juntos, sin hablar y sin mirarnos, hasta la cubierta. Nos sentamos en un pequeño banco de madera y contemplamos el río en silencio. Unos instantes después íbamos rumbo al norte, de nuevo hacia Manhattan. Permanecimos callados durante un rato, luego ella trató de iniciar una conversación:

-Mis amigos nos esperan a las nueve y treinta en el hospital –dijo, ya más serena

-Tal vez no pueda ser hoy –respondí –no me siento en condiciones, todavía tengo este calambre fastidioso, excúsame con ellos, por favor...

-¿Nos volveremos a ver?

Me demoré en contestarle y mientras pensaba mi respuesta, el sonido de un avión que volaba muy bajo hacia Manhattan impregnó el ambiente. Creo que a todos los pasajeros nos sorprendió su aparición. Sentí un escalofrío al observar que perdía altura... ¡no existía ningún aeropuerto en las proximidades! Un hombre que se apoyaba sobre la baranda de cubierta gritó: “debe de estar accidentado... ¡se va a estrellar! ¡se va a estrellar!”. Entonces cundió el desconcierto. Unos segundos más tarde escuchamos una explosión y vimos la columna de humo negro que se desprendía de algún lugar de la isla. Desde el sitio donde estábamos sentados Laura y yo, no divisábamos con claridad el origen del humo; varias decenas de personas se detuvieron frente a nosotros, dándonos la espalda. Algunos saltaban para ver mejor lo que ocurría, otros gritaban y lloraban... uno dijo: ¡Es la Torre Norte! ¡El avión se estrelló contra la Torre Norte del World Trade Center!”

-¡Dios mío! –gritó Laura –¡Peter está en esa torre!

Yo la abracé, creyendo que se desmayaría en cualquier momento, pero ella era más fuerte de lo que supuse; se soltó de mis brazos y comenzó a moverse de un lado a otro, rápida y desordenadamente, sin saber qué hacer.

-¡Coño, coño, coño!, gritaba, ¡No, coño, no puede ser! ¡Dios mío, Dios mío! Luego regresó a mis brazos y lloró sobre mi pecho.

-¿Qué vamos a hacer ahora? –me preguntó con voz trémula, sacudiéndome por la camisa –¡Dime, coño, ¿Qué vamos a hacer?!

-Tranquila –comencé a decir, cuando la voz del capitán resonó a través de los altoparlantes.

-Les informo a los pasajeros que acaba de suceder un accidente en Manhattan, muy cerca del puerto. Seguiremos nuestro rumbo y llegaremos en quince minutos, a menos que recibamos órdenes en contrario. No tenemos más información. Por favor, manténganse en calma, muy pronto me comunicaré de nuevo con ustedes.

Laura se calmó un poco, dejó de gritar y abrazándome musitó... ¿El destino... otra vez?... ¿Hasta cuándo?

Llegamos al puerto a las 8:55 a.m. Un pequeño grupo de pasajeros decidió quedarse en el barco y fue conducido hacia la popa. El resto, se amontonó en la salida, desobedeciendo las instrucciones de los oficiales de la tripulación que se vieron desbordados por la avalancha humana. Laura se había adelantado a todos y salió de primera; después salí yo, halado bruscamente por ella y empujado por los demás pasajeros. Ya sabíamos que, en verdad, el avión se había estrellado contra la Torre Norte y que había desatado un voraz incendio. El pánico era general en toda la zona del puerto. Unos miraban estupefactos hacia la torre, otros pugnaban por acercarse a ella y, los más, trataban de alejarse del sitio a como diera lugar. El área comenzó a llenarse de bomberos y de policías que llegaban de los cuatro puntos cardinales.

A pesar de todos mis esfuerzos, no podía mantener el ritmo de la carrera de Laura, quien se desplazaba ágil y frenética, evadiendo cualquier obstáculo que se interpusiera a su paso, y me fui quedando rezagado. Además, el conjunto de edificios que integraban el World Financial Center se había llenado de un humo negro y espeso que dificultaba la visión, y los empleados de las tiendas se hallaban apretujados, moviéndose casi al azar junto a los visitantes, estorbándose unos a otros en su empeño por alcanzar algunas de las salidas. La explosión destrozó todas las vidrieras externas y también algunas de las vitrinas interiores, de modo que el piso se encontraba cubierto de cortantes y afilados trozos de cristal. Pero eso no impidió que Laura atravesara en pocos minutos los pasillos del Centro. Cuando llegó a West Street, yo me había quedado atrapado en medio de un grupo de personas exaltadas, a unos diez metros atrás de ella, aunque sin perderla de vista.

En la avenida, el humo todavía no se disipaba por completo. Un grupo de bomberos había formado ya un primer cordón de seguridad y Laura se vio forzada a detener su desbocada carrera. La alcancé cuando forcejeaba con un rudo oficial que la mantenía sujeta por los brazos mientras le ordenaba que se mantuviese donde estaba. Apenas la alcancé, escuchamos el timbre de su teléfono celular. Entonces su expresión cambió de inmediato. Habló un par de segundos y luego me dijo alegre y eufóricamente:

-¡Peter está a salvo en la Torre Sur! Me dijo que estaba bajando por las escaleras y que calculaba que en menos de media hora podría reunirse con nosotros. Que lo esperaríamos aquí donde estamos, sin movernos.

Calculo que serían entonces las nueve la mañana. Un guardia de la Autoridad del Puerto se ubicó cerca de nosotros y por medio de un megáfono trató de ordenar y tranquilizar a los curiosos. Nos pedía que nos retiráramos del sitio. Mientras tanto, algunos bomberos organizaban grupos de voluntarios para retirar los vidrios y ayudar a salir a un grupo de personas mayores que no lograba abrirse paso hasta la calle. Entre éstos, algunos creían que había ocurrido un terremoto y temían que se repitiese. Muchos tosían, asfixiados por el humo.

Supimos, por una mujer que gritaba a nuestro lado, que la tragedia había sido causada por un avión de American Airlines. Por primera vez escuchamos la palabra “terrorismo”.

Un par de minutos después, una nueva y terrible explosión nos hizo volar por los aires. Yo me había retirado un poco de Laura, para ayudar a una joven que lloraba

desorientada y eso me protegió un poco de la onda de presión, pues ésta me alcanzó mientras estaba agachado recogiendo los documentos de la dama, regados por el piso. A pesar de ello, la explosión me lanzó un par de metros hacia atrás, contra un muro de concreto. A Laura le fue mucho peor. La onda la levantó del suelo y la lanzó con gran fuerza hacia el muro, unos tres o cuatro metros detrás de ella, como si hubiese sido una muñequita de trapo.

El humo negro, que apenas había comenzado a despejarse, se hizo espeso de nuevo. El aire se tornó casi irrespirable. El gentío desbordó el cordón de bomberos y los policías se vieron impotentes y confusos. Nadie sabía qué hacer, el caos era infernal.

Tan pronto tomé conciencia de lo que estaba ocurriendo, intenté aproximarme a Laura. Ella había quedado muy cerca de mí, boca abajo sobre el piso y sin moverse. A pesar de la corta distancia, me pareció un siglo el tiempo que me tomó llegar hasta ella, pues apenas si podía moverme. Las piernas casi no me obedecían y al tratar de “gatear” sentía un fuerte dolor en la cadera y en mi muñeca izquierda. Llegué hasta donde estaba reptando sobre mis rodillas y mi mano derecha. Los pedazos de vidrio hicieron que mis manos y mi ropa se ensangrentaran. Finalmente alcancé su cuerpo y pedí ayuda con todo el vigor de mis pulmones, pero nadie parecía escucharme. Las sirenas de los carros de policía y los gritos ajenos me atormentaban al punto de que no era capaz de escuchar los míos propios. Di vuelta a su cuerpo para saber si había sobrevivido. Su rostro era pálido como el de un cadáver y estaba bañado en sangre; también sus cabellos y su tórax estaban ensangrentados... sentí que la amaba más que nunca.

Cuando mi mano en su cuello palpó el leve latir de la vida, la emoción que me embargó fue tan intensa que perdí el precario equilibrio que mantenía sobre mis rodillas y caí sobre ella; nuestros rostros se acercaron y pude oírle susurrar:

-¡Búscalos Simón!, ¡Prómételos!

Grité nuevamente pidiendo auxilio y, sin dejar de hacerlo, busqué en sus ropas el teléfono celular, donde tenía que haber quedado registrada la llamada que hiciera Peter unos minutos antes. Intenté comunicarme de nuevo con él, mas todo fue en vano, el teléfono estaba muerto. Hice entonces un nuevo esfuerzo para incorporarme y en esa oportunidad lo logré a medias, pero caí de nuevo. Recordé entonces un procedimiento de emergencia que había aprendido en mi juventud: até las muñecas de Laura con mi pañuelo y las pasé alrededor de mi cuello; luego, gateando otra vez, quise arrastrar su cuerpo hacia un camión de bomberos que veía, entre el humo negro, a corta distancia de donde estábamos. Pero los trozos de vidrio impidieron mi esfuerzo desesperado. No lograba limpiar el camino y arrastrar el cuerpo a la vez. Finalmente, llegó la ayuda. Un par de camilleros se hicieron cargo de Laura. Yo apenas recuerdo que intenté llamar a Peter una vez más. Después, debo de haberme desmayado.

Mis recuerdos comienzan otra vez a las diez y treinta minutos de la pavorosa mañana del once de Septiembre, aproximadamente una hora y media después de que el segundo aeroplano se estrellara contra la Torre Sur del World Trade Center y justo en el momento en que se anunciaba que la Torre Norte acababa de derrumbarse. Desperté sobresaltado y confundido en una camilla del centro de auxilio provisional que había sido instalado en un local de Washington Avenue, a unos trescientos metros del sitio de la tragedia. El salón donde me encontraba se hallaba muy congestionado. La gente se agitaba desconcertada, el ruido y el calor eran insoportables y una neblina blancuzca llenaba el lugar. Mi primera reacción fue palpar mi propio cuerpo, para reconocer mis heridas; enseguida me enderecé y salté de la camilla al piso. Me di cuenta de que no estaba herido de gravedad. Las piernas me respondieron y el dolor en la cadera, antes insufrible, se me había aliviado. Estaba bajo los efectos de algún analgésico pues sólo me molestaba un poco la muñeca izquierda, que me había sido inmovilizada, y las rodillas, que me habían curado con yodo. Tenía la camisa rota y manchada de sangre, y los pantalones rasgados. Afortunadamente conservaba mis zapatos y éstos protegían mis pies de los trozos de vidrio, regados por doquier. Encontré mi billetera y mis documentos personales intactos.

El centro de atención donde me encontraba, atendido por enfermeras y paramédicos, estaba siendo usado sólo para personas que, como yo, habían resultado ligeramente aporreados durante la tragedia. Los heridos graves, supuse, estaban siendo trasladados hacia los hospitales del área. En ese momento, yo no me había percatado todavía de la magnitud del desastre ocurrido. De ello, me fui enterando poco a poco en los siguientes minutos.

Salí del recinto sin que casi nadie se percatara de ello. Sólo un joven paramédico mostró interés por mí al momento en que llegué a la puerta de salida: me preguntó mi nombre, si podía caminar y si tenía a donde ir. Luego chequeó en un improvisado cuaderno y colocó una señal al lado de mi nombre.

-Puede marcharse, me dijo.

-¿Puede usted informarme sobre el estado de Laura Rosseti, la dama que estaba conmigo?

El joven buscó en su cuaderno y me respondió negativamente. Su ingreso no estaba registrado. Pensé que tal vez Laura no llevara consigo sus documentos de identificación, mas el hombre me explicó que en esos casos se tomaban las huellas dactilares y que nadie había ingresado allí de esa manera.

-¿Sabe usted lo que ha ocurrido? –me preguntó entonces

-No –contesté –creo que no lo sé

-El World Trade Center ha dejado de existir -dijo con voz trémula -No quedan rastros de él. Hace unos instantes se derrumbó la Torre Norte, antes lo había hecho la Torre Sur. Hay muy pocos sobrevivientes. ¿Dónde fue rescatado usted?

-En West Street –dije -Laura Rosseti estaba conmigo. La trasladaron unos camilleros...es lo último que recuerdo...

-Comprendo lo difícil de la situación, pero usted no está ahora en condiciones de ayudarla. Ella debe de estar en buenas manos. Le recomiendo que trate de asearse y de descansar aunque sea unos minutos antes de empezar a buscarla. En estos momentos es imposible, los hospitales están en emergencia, no hay transporte público, los teléfonos están muertos...Pero la red de emergencia tiene sus vías en Nueva York, sólo dénos un par de horas, ¡ya verá que la encontramos!

Agradecí las palabras de este buen samaritano, pero no quise resignarme a la inacción. ¿Irme al hotel a descansar? ¡Jamás! Salí a la calle tambaleante y me dirigí hacia al norte, donde divisé la presencia de un grupo de agentes de policía. No pude llegar a ellos, pues apenas había dado unos pasos, un tropel que corría en dirección contraria me arrastró de nuevo hacia la puerta del centro de auxilio de donde acababa de salir. Me di cuenta de que estaba dopado todavía; el calmante que me habían suministrado tuvo que haber sido muy fuerte. Entonces el joven con quien había conversado se acercó a mí y me dijo, en tono enérgico:

-Usted es turista, ¿verdad? Dígame en que hotel se hospeda y yo lo llamaré tan pronto tenga noticias de su compañera. Ahora, ¡No cause más problemas y déjeme hacer mi trabajo! Mi nombre es Alfredo Rodríguez y soy venezolano como usted. Tenga confianza, estaré pendiente. Camine por Broadway y, apenas pueda, tome uno de los buses de la ciudad que han sido habilitados para turistas; lo llevarán hasta su hotel. ¡Desde allí podrá hacer las llamadas que quiera!

Esta vez, el tono del hombre me convenció. No había nada que pudiera hacer en la situación y el lugar donde me encontraba. Le di mis datos y seguí su consejo.

El bus se demoró un tiempo infinito en llegar hasta mi hotel. Yo iba semidormido y luchando por mantener los ojos abiertos, pero a veces se me cerraban y me recostaba sin querer sobre el hombro de mi compañero de asiento, un malhumorado español que me apartaba bruscamente, sin contemplaciones. Cada vez que el vehículo pasaba uno de los miles de baches que tuvo que superar, el español maldecía y yo me preguntaba si estaríamos pasando por sobre algún cadáver tirado en la vía.

No puedo recordar a qué hora llegué al hotel, pero calculo que serían cerca de las cinco de la tarde cuando el voluntario que hacía las veces de ayudante del conductor del bus me entregó al comité de recepción que esperaba a las puertas del edificio. Me llevaron casi cargado al lobby y me acomodaron en una poltrona; luego un hombre y una mujer, en sendas batas blancas, me revisaron y tomaron mis signos vitales para asegurarse de que estaba en condiciones de ser dejado solo en mi habitación. Unos minutos después, me llevaron cuidadosamente a ella.

Encendí el televisor y miré las pasmosas grabaciones de la tragedia. Volví a escuchar la palabra “terrorismo”, repetida cientos de veces. Traté de explicarme las razones físicas por las cuales las torres se habían desplomado de la manera como lo habían hecho, mas el efecto del calmante no había pasado por completo y la realidad se me transformó en una horrenda pesadilla en la que yo aparecía realizando cálculos

absurdos sobre la resistencia mecánica y térmica de una fantasmal estructura de hierro y concreto.

Serían cerca de las siete de la noche cuando me despertó el timbre del teléfono. Era Alfredo Rodríguez, el compatriota del centro de primeros auxilios, que me llamaba para decirme que había localizado a Laura Rosseti. Ella había sido trasladada al New York University Medical Center, específicamente al Tisch Hospital, localizado en el 550 de la Primera Avenida. Me dijo que había recibido la información de una hermana suya que trabajaba en el Consulado de Venezuela, de modo que no sabía detalles; sólo tenía a su alcance una lista de los venezolanos que habían ingresado heridos a los distintos hospitales de la ciudad. Le agradecí y me puse a sus órdenes para lo que pudiese necesitar y él, gentilmente, hizo lo mismo. De inmediato llamé por teléfono al hospital ...